

—Así no podré ejercer mis derechos. Renuncio a ellos y te los doy de buena gana.

«En otro tiempo —dice el relato— había en Israel, respecto al rescate del «goel» y tocante a los cambios para ratificar todo acto, la costumbre siguiente: el uno se quitaba su zapato y dábaselo a su compañero. Tal era el modo de atestiguar en Israel. Dijo, pues, el «goel» a Booz:

—Aquí está mi zapato; compra tú el campo.

Calzóse Booz, y dirigiéndose luego a los ancianos y a todo el pueblo, dijo:

—Vosotros sois testigos hoy de que adquiero de manos de Noemi todo lo que fué de Elimelek, y con lo demás, a Rut, la moabi, mujer de su hijo, que desde ahora será mi esposa, a fin de mantener el nombre del difunto sobre su herencia.

Y todo el pueblo y los ancianos dijeron:

—Testigos somos. ¡Yahveh haga a la mujer que va a entrar en tu casa semejante a Raquel y a Sia, las cuales edificaron la casa de Israel.

—¡Adquiere poderío en Efrata!

—¡Cobra nombradía en Belén.

Cumplióse la felicitación de los ancianos, pues algún tiempo después tuvo Rut un hijo, que llenó a Noemi de alegría. De ese hijo procederá el rey más famoso y el mayor poeta de Israel. David será nieto suyo, bisnieto de la ingeniosa y bella inmigrante de Moab. Y un descendiente lejano será Jesús de Nazaret. Bien podían cantar los pastores de Tirso su canción de ruedo:

*Esta sí que se lleva la gala
de las que espigaderas son;*

*ésta sí que se lleva la gala,
que las otras que espigan, non.*

*Alaben los cielos
celebre la tierra,
coronen los campos
a la espigadera,
que ella es la primera
gloria del amor.*

*Esta sí que se lleva la gala,
que las otras que espigan, non.*

Tal es el gracioso idilio, aromado de hierbas campestres y de trigo moreno, que trae hasta nosotros eco de costumbres milenarias y reacciones siempre actuales del corazón humano, juntamente con saludables enseñanzas. Con aromas de campo tiene esta narración dulces aromas de virtud. Todos los personajes se mueven en un ambiente de amor y fidelidad a las tradiciones familiares, de caridad ingeniosa, de modestia delicada, de generosidad magnánima, de tierna piedad y de temor de Dios. Admiramos también los caminos de la Providencia, que todo lo dispone para recompensar estas virtudes, haciendo que una pagana, incorporada al pueblo de Dios, llegue a ser *madre* de aquél que había de venir a salvar a los pecadores. Y en Noemi adivinamos un anuncio de María que, despojada de su Hijo divino, podrá también decir: «No me llaméis Noemi, la hermosa; llamadme Mara, pues grande es como el mar mi quebranto».

Sucedida en tiempo de los jueces, hacia el siglo XII antes de Cristo, y conservada en la memoria de las gentes, la historia, a juzgar por los neologismos y la crítica interna, fué fijada por escrito después de la cautividad de Babilonia.